



*Asesorías y Tutorías para la Investigación Científica en la Educación Puig-Salabarría S.C.
José María Pino Suárez 400-2 esq a Lerdo de Tejada, Toluca, Estado de México. 7223898475*

RFC: AT1120618V12

Revista Dilemas Contemporáneos: Educación, Política y Valores.

<http://www.dilemascontemporaneoseducacionpoliticayvalores.com/>

Año: VII Número: 1 Artículo no.:104 Período: 1 de septiembre al 31 de diciembre, 2019.

TÍTULO: Réquiem por Fidel: sobre ciencias sociales, marxismo, intelectuales.

AUTOR:

1. Lic. Hayled Martín Reyes Martín.

RESUMEN: El siguiente estudio se centra en el líder cubano Fidel Castro Ruz, y su relación con las ciencias sociales, el marxismo y los intelectuales. Sin pretender hacer un estudio arqueológico o histórico de todo lo que conecta a la personalidad con estos saberes, es un bosquejo de la génesis donde surge el acercamiento por estos conocimientos, y la comprensión de Fidel de como transformador de las ciencias sociales, como intérprete del marxismo, y como intelectual. Este tipo de investigaciones son pertinentes, en la medida que se desconoce la interrelación teórica de Fidel con estos saberes, pues, si se analizan los acercamientos anteriores, se nota solo la recopilación de su pensamiento, y casi ningún elemento crítico se aporta.

PALABRAS CLAVES: ciencias sociales, marxismo, intelectuales, revolución, pensamiento.

TITLE: Requiem for Fidel: on social sciences, Marxism, intellectuals.

AUTHOR:

1. Lic. Hayled Martín Reyes Martín.

ABSTRACT: The following study focuses on the Cuban leader Fidel Castro Ruz, and his relationship with the social sciences, Marxism and intellectuals. Without pretending to do an archaeological or historical study of everything that connects the personality with this knowledge, it is an outline of the genesis where the approach for this knowledge arises, and Fidel's understanding of as a transformer of the social sciences, as an interpreter of the Marxism, and as an intellectual. This type of research is relevant, to the extent that Fidel's theoretical interrelation with this knowledge is unknown, because, if the previous approaches are analyzed, only the compilation of his thinking is noticed, and almost no critical element is contributed.

KEY WORDS: social sciences, Marxism, intellectuals, revolution, thought.

INTRODUCCIÓN.

El siguiente escrito no es una apología. Son pensamientos generales acerca de una figura fundamental en la historia de Cuba. Es un acercamiento al hombre, al ser humano de carne y hueso, con sus cuantiosas virtudes y aptitudes, pero también con sus desmanes —tan necesarias son las luces del Sol como sus manchas. Precisamente, por esto se escriben ahora estas páginas y no antes, para evitar idolatrar a la personalidad; tal como ocurriera en las anteriores experiencias socialistas con el recurrente fenómeno del “culto a la personalidad”. Reconoce, con tremenda sinceridad y sentido autocrítico, en discurso pronunciado en la Universidad de La Habana (UH), el 17 de noviembre de 2005, cuando señalara, tal vez, el error más grande en el cual han incurrido varias generaciones de revolucionarios, incluyéndose a él mismo: “Una conclusión que he sacado al cabo de muchos años: entre los muchos errores que hemos cometido todos, el más importante error era creer que alguien sabía de socialismo, o que alguien sabía de *cómo* se construye el socialismo” (Castro, 2005, 41).

Fidel Castro Ruz (1926-2016), coloso cubano y latinoamericano; todavía retumban las cinco letras de su nombre, cada una de ellas pareciera que formaran las cinco puntas de la estrella solitaria; única, la más bonita; sus crestas no se mancharán jamás como no pudo mancharse nunca el hombre.

Este escrito a Fidel, desde las ciencias sociales, el marxismo y los intelectuales, no pretende abarcar la totalidad de estas temáticas en el pensamiento y praxis revolucionarios del líder cubano, ni mucho menos hacer una arqueología histórica y explicitar lineal o cronológicamente todas las etapas de su vida en su producción intelectual e ideológica; más bien, es un acercamiento a la cosmovisión del Comandante en Jefe de la Revolución cubana a estas aristas del pensamiento, y sobre todo, abordar interrogantes como ¿cuál era la idea fidelista sobre las Ciencias Sociales y cómo intercambió con esta ciencia?, ¿cómo entendió Fidel el marxismo y qué aportes hizo?, ¿cuál era su visión sobre los intelectuales y cómo entendía que debía ser la actitud del intelectual en un proceso revolucionario? O sea, con las líneas que siguen solo se abrirá el debate, y eso es lo que tiene como objetivo este trabajo: incentivar la discusión teórica respecto a los diferentes criterios de tamaña figura, y fomentar el pensamiento crítico revolucionario; génesis de su pensamiento.

También sirva este escrito para demostrar la polivalencia teórica de Fidel en lo que respecta a las ciencias sociales, el marxismo y la intelectualidad. Por supuesto, no se habla de un académico o tratadista al estilo de los filósofos o cientistas sociales, ni de un intelectual reprimido en su producción espiritual; sino del hombre que discutió y polemizó, indistintamente a la largo de su extensa vida, con estas áreas del saber.

DESARROLLO.

Sobre las Ciencias Sociales.

El término de Ciencias Sociales es genérico y ambiguo. En sentido general, es relacionado con las disciplinas que tienen por objeto de estudio la sociedad, el desarrollo de ésta y sus prolongaciones en

lo humano. Entre las disciplinas que la integran se encuentran la Antropología, la Arqueología, la Sociología, las Ciencias Políticas (o politología), la Economía Política, la Historia, el Derecho, la Psicología, la Lingüística, la Comunicación Social, la Filosofía, los Estudios Culturales, etc. Por supuesto, esta clasificación varía en dependencia de las instituciones académicas y sus estructuras internas. Su definición es ambigua. Sobre esto, afirmaba el sociólogo estadounidense Wright Mills, (...) la confusión en las Ciencias Sociales va envuelta en la interminable controversia acerca de la naturaleza de la ciencia. La mayor parte de los estudiosos de la sociedad seguramente estarán de acuerdo en que su gratuita aceptación como «ciencia» suele ser tan ambigua como formal (Wright Mills, s/f).

El problema fundamental en torno a las ciencias sociales en la actualidad radica en su propia concepción como ciencia, especialmente lo que respecta al método y su interdisciplinariedad; así como la estandarización/homologación con las ciencias naturales, pues éstas presentan generalidades, y por lo tanto, fenómenos iguales en distintas circunstancias darían resultados idénticos. Como es sabido, esto no ocurre siempre con los estudios de los fenómenos sociales, ya que el centro de su investigación se centra en el ser humano y su desarrollo en las sociedades, para nada, procesos homogéneos. Entonces, las leyes objetivas de funcionamiento de las ciencias sociales no tendrían por qué ser las mismas que las de las ciencias naturales.

La controversia en las ciencias sociales no es un problema ajeno al proceso transformador llevado en Cuba. Muchos han sido los vericuetos de la antiguamente llamada “ciencia humana” en la Isla.

Sin lugar a dudas, uno de los mayores cultores de la ciencia social en Cuba ha sido Fidel Castro, y cabría decir, uno de sus mayores iniciadores y promotores. Por supuesto, no en el ámbito académico *stricto sensu*, sino desde la práctica social misma de la Revolución cubana.

Aunque hay que especificar que el primer encuentro de Fidel con las ciencias sociales no ocurre con el triunfo revolucionario de 1959. Como es sabido, Fidel estudió en la Universidad de La Habana la

carrera de Derecho, entre los años 1945 y 1950. Esta disciplina académica jurídica articula varios saberes de las ciencias sociales. Años después volvería a estas, como estudio sistemático, en el presidio en Isla de Pinos, donde incluso se integrarían todos estos conocimientos para conformar una especie de “mini-facultad universitaria” en la prisión.

En el presidio, los moncadistas crearon la Academia Ideológica “Abel Santamaría Cuadrado” y la Biblioteca “Raúl Gómez García”. Sobre la conformación de la academia de estudios, su objetivo y las materias que formaban el plan de estudio, exponían los moncadistas, (...) hemos organizado una academia de estudios con el objetivo de superarnos. La hemos nombrado «Abel Santamaría» en honor a ese compañero desaparecido. Las materias son filosofía, historia universal, economía política, matemáticas, geografía, idiomas. También hemos fundado una modesta biblioteca a la cual hemos bautizado con el nombre de «Raúl Gómez García» como póstumo homenaje a otro compañero muerto. (...) son volúmenes de materia política, económica, social. Además, las obras clásicas de la literatura castellana (Mencía, 1980, 16-17).

Véase, como abundan las asignaturas de corte social y humanístico en la “academia” conformada por los asaltantes moncadistas en el reclusorio pinero. Sobre esto, el mismo Fidel describe la frecuencia estudiantil en una jornada normal, (...) a las 5:30, desayuno; a las 8, clases hasta las 10:30 a.m. 10 y 45 almuerzo; 2 p.m., clases de nuevo hasta las 3; recreo hasta las 4; 4 y 45, comida; 7 a 8 y 15, clases de economía política y lectura en común; 9:30 p.m. silencio. Todas las mañanas de 9:30 a 10 explico un día filosofía y otro día historia universal; historia de Cuba, gramática, aritmética, geografía e inglés son explicadas por otros compañeros. Por la noche me corresponde la economía política, y dos veces a la semana oratoria (Mencía, 1980, 17-18).

Sobre el método empleado, dice Fidel, (...) en vez de clases de economía política les leo durante media hora, bien la descripción de una batalla como el asalto a Hugomont por la infantería de Napoleón Bonaparte, bien un tema ideológico, el alegato de Martí a la República española, o cosas

por el estilo; inmediatamente, distintos muchachos escogidos al azar o voluntarios tienen que disertar durante 3 minutos sobre el tema en forma de concurso con premios según criterio de jueces escogidos. (...) Los días académicos son desde el lunes hasta la mitad del sábado (Idem.).

Estos conocimientos ayudarían a fundamentar los ideales revolucionarios de la “generación del centenario”, a la postre, vanguardia política del incipiente movimiento revolucionario¹ que alcanzaría el poder político en 1959 tras derrocar a la dictadura batistiana.

En los años posteriores al triunfo de la Revolución se implementarían una serie de medidas renovadoras en la educación cubana, y la enseñanza superior² no estaría ajena a estas. Así, las ciencias sociales se revitalizarían radicalmente en Cuba; y sobre todo, se demostró que las revoluciones no eran procesos ideales y únicos, que eran transformaciones reales y palpables, y que era posible una revolución en un país subdesarrollado. Este ejemplo catalizador de la Revolución cubana en los sesenta tendría una tremenda relevancia histórica en Latinoamérica, con el surgimiento de novedosos fenómenos como el *boom* latinoamericano de la nueva novela, la teoría de la dependencia, la teología de la liberación, el nuevo cine latinoamericano, la nueva canción o nueva trova, el nuevo periodismo testimonial, la pedagogía del oprimido, etc. (Kohan, 2006, 394).

Pero no todo fue “ideal” al interior de la revolución, y al respecto hubo varias polémicas en esta época. La principal discusión ideológica política en Cuba en la década de los 60 estuvo centrada entre aquellos que concibieron la revolución como una repetición *sui generis* de la experiencia del socialismo soviético, y aquellos otros que pretendieron crear un camino propio hacia la nueva sociedad sin clases, sin explotación, hacia la construcción de una sociedad nueva con las particularidades propias de un país latinoamericano. Al respecto, cabe destacar la participación de Fidel en los “debates económicos de 1963-1964” sobre los modos de gestión socialista con el profesor

¹ Se hace referencia al Movimiento 26 de Julio, creado oficialmente el 12 de junio de 1955.

² En enero de 1962 entra en vigor la Ley de Reforma Universitaria.

hispanosoviético Anastasio Mansilla, en el cual también participaron Ernesto Guevara, Carlos Rafael Rodríguez, Alberto Mora, Marcelo Fernández, Luis Álvarez Rom, Miguel Cossío, Charles Bettelheim, Ernest Mandel (Guevara, 2003).

Hay que señalar, que en medio de todas estas fuertes discusiones y polémicas de corte científico, cultural, intelectual, estético, artístico, literario, cinematográfico, incluso ideológico, se estaba dando otro frente mucho más complejo en la dirección de la Revolución; que era el político, pues se discutía el futuro de la Revolución, como son los casos de la campaña contra el burocratismo³ y el enfrentamiento de Fidel con el sectarismo y con la microfacción de Aníbal Escalante; o sea, que lo que ocurría o acontecía en política se reflejaba ideológicamente en el campo de las ideas, entiéndase, ciencia social, cultura, arte, estética, etc.

Por este tiempo, también se crearía el Departamento de Filosofía en la Universidad de La Habana (UH), de donde saldría el núcleo que fundaría la revista *Pensamiento Crítico* en 1967⁴. Con ambas iniciativas Fidel mantendría una activa relación, que incluso llegaría, en ocasiones, a fuertes tensiones y discusiones teóricas con sus integrantes.

De todos estos debates, del máximo líder revolucionario con los científicos sociales y académicos del Departamento de Filosofía de la UH, surgió otra tremenda iniciativa que *a posteriori* marcaría el rumbo de las ciencias sociales en Cuba: la creación por idea de Fidel de las ediciones del Instituto del Libro en 1966.

Mientras tanto, la revista *Pensamiento Crítico* arreciaba su enfoque contra el dogmatismo soviético y su interpretación eurocéntrica y esquematizadora del marxismo; abogando por un nuevo enfoque

³ Véase los editoriales del periódico *Granma* de marzo y abril de 1967.

⁴ Su primer consejo editorial estuvo conformado por Fernando Martínez Heredia, Aureliano Alonso Tejada, Jesús Díaz, Thalía Fung y Ricardo Jorge Machado. Tuvo una extensa producción, con más de cincuenta números publicados, por cinco años de duración: su primer número salió en febrero de 1967 y el último (No. 53) en junio de 1971. Con la clausura de la revista también cierra el Departamento de Filosofía.

de las ciencias sociales y por la visión guevariana y fidelista de apoyar a los pueblos del Tercer Mundo en la lucha contra el imperialismo y el colonialismo.

Con la entrada en los 70 se produce un giro radical al interior de la Revolución, pues con los fallidos intentos de varios procesos revolucionarios en América Latina, se produjo el fracaso nacional de la zafra de los 10 millones, se encrudeció el bloqueo económico yanqui contra la Isla, sucedió la muerte del Che Guevara a finales de la década anterior —asestando un duro golpe al movimiento revolucionario internacional—, y como consecuencia elemental, se produce un acercamiento estratégico del gobierno cubano a la Unión Soviética (URSS). Esto trajo consigo, según el destacado marxista Fernando Martínez Heredia, *cortar por lo sano, y eso siempre significa cortar una parte sana*; así fue como en el año 1971 se cerró, primero, la revista *Pensamiento Crítico*, y después, el Departamento de Filosofía de la UH. Sobre la posición de Fidel con respecto al asunto, no se tiene conocimiento alguno. Ahora, eso sí, habría que preguntarse ¿qué era más importante en aquellos momentos trascendentales, continuar una publicación seriada de pensamiento que atacara asiduamente al nuevo amigo estratégico o clausurar el empeño teórico y mantener y fortalecer la alianza soviética, que dicho sea de paso, oxigenaba la revolución en su continuidad?, ¿qué era más importante en aquellas difíciles circunstancias, continuar teorizando el marxismo y el socialismo desde la academia o salvar la revolución en la práctica? Hubo necesidad imperiosa de establecer y fortalecer relaciones con la URSS, y eso conllevó extirpar una parte de *lo sano*, aunque esto diera como resultado sesgar el pensamiento y las ciencias sociales en Cuba.

Algo a señalar intempestivamente, y que ha sido una y otra vez ocultado por la historiografía burguesa oficial, es el papel que jugó Cuba con Fidel Castro a la cabeza en la balanza ideológica y en la lucha de poderes hegemónicos a partir de 1959 en el mundo. Al respecto, surge una pregunta, ¿cuál es la historia contada? Bueno, en esencia, que era un mundo bipolar y repartido entre dos potencias imperialistas; posición que no compartida, sobre todo la primera idea, pues en primer lugar, la

bipolaridad del mundo —si existió alguna vez— puede ser enmarcada en la primera mitad del siglo XX; entiéndase, el período comprendido entre el triunfo de la Revolución Socialista de Octubre en 1917 y la culminación de la Segunda Guerra Mundial,⁵ donde la Unión Soviética salió fortalecida y victoriosa como Bloque socialista ante el capitalismo y demás nacionalismos fanáticos⁶. Y en segundo lugar, jamás hubo tal dominio hegemónico de los países socialistas a la hora de enfrentar a Occidente, y esto se vio en que nunca lograron hacerle frente y contrarrestar la dependencia del capital mundial, ni superar las relaciones de producción capitalistas existentes —telaraña en la que cayeron y en realidad nunca salieron—, y mucho menos desarrollar las fuerzas productivas acordes a la nueva sociedad en construcción; todo esto sin contar que lo más endeble del Bloque soviético pasó por la falta de fundar una subjetividad propia y socialista. Al respecto, la asignatura pendiente de la URSS y sus prolongaciones nacionales estuvo, sin lugar a dudas, en la inmadurez de la conciencia colectiva y su incapacidad por fomentarla.

Así la “locomotora” socialista de Oriente fue perdiendo impulso en los cincuentas, aunque sin grandes sobresaltos seguía siendo potencia, y se vio casi varada en los sesenta. Era la “crónica de una muerte anunciada” de lo que vendría después. Teniendo en cuenta estos planteamientos, asumimos la provocación que encabeza el párrafo para declarar a Cuba como el centro hegemónico de la lucha mundial por un mundo diferente. La Isla y su Revolución vinieron a ser un *relevo de batón* en la carrera ideológica frente al sistema capitalista en los tres continentes subdesarrollados. La causa de este *relevo*, muy sencillo: Cuba y su pueblo realizó una revolución que devino en el primer Estado

⁵ Este período, y tal vez el más revolucionario de Rusia, fue conducido bajo la égida e influencia del verdadero líder de este proceso: Vladimir Ilich Uliánov *Lenin*, quien desgraciadamente falleció cuando la Revolución rusa aun estaba en ciernes. Aunque su pensamiento y su aura revolucionaria se mantendrían en la inmanencia del alma de la nación rusa durante un par de décadas más, no bastó para el proyecto socialista soviético fuera decayendo con el paso del tiempo; solo así se entiende cómo los pueblos rusos y eslavos resistieron incansablemente las durezas de la contienda mundial.

⁶ En este sentido, solo aclarar que se hace referencia solo a lo político e ideológico y como frente hegemónico; no como potencia económica, donde sí habría que ubicar a los Estados Unidos como la gran potencia mundial y ganadora sobre las exánimes Potencias del Eje.

socialista en el hemisferio occidental. Con diez años de experiencia, una vez transitado los tumultuosos 60, Cuba se imponía como contrahegemonía política, social y cultural frente al imperialismo norteamericano.

Hay quien alega que Fidel Castro decidió adscribirse al socialismo en 1961 como una “táctica” prosoviética, que negoció con los rusos en los 70, o que incluso recibió órdenes del nivel superior soviético en búsqueda de posiciones estratégicas. Todas especulaciones. Puede haber existido un grado de “oportunismo” necesario por parte de la máxima figura revolucionaria; eso a ciencia cierta nadie lo sabe, y sería muy infundioso caer en tales afirmaciones.

Sobre Fidel, solo cabe señalar que Cuba una vez sola en el camino de la revolución, a raíz de desenlaces que se fueron dando en América Latina por presiones norteamericanas y su base en el Sur, la Organización de Estados Americanos (OEA), tuvo que adoptar posturas severas y tomar decisiones herejes, cambiando la mirada bolivariana y “natural”, de los de *acá*, por posiciones ideológicas afines. Lo que sí es bien conocido es la actitud asumida por el líder cubano frente posiciones norteamericanas, incluso rusas, en esta etapa.⁷ Cuando más férrea era la coyuntura geopolítica internacional, más solidaria e internacionalista se mostraba la Revolución cubana.

El proceso cubano fue tomando cada vez más, sin saberlo siquiera, independencia de copias tácitas de la supuesta potencia socialista europea, y sobre todo, naturalidad en su propio proceso de creación y formación. Sería ingenuo hablar de un “marxismo cubano” y caracterizarlo así por su nombre, tratando de diferenciarlo de los demás procesos; pero, eso sí, quien duda de la experiencia cubana como única e irrepetible, con luminarias y maestros teóricos y prácticos como Fidel, el Che.

⁷ Por solo citar un ejemplo, y para ilustrar este comentario sobre la autodeterminación cubana, véanse las cartas cruzadas entre Fidel Castro y Nikita Jrushchov en octubre de 1962, a raíz de la crisis de los misiles en el escenario de la Guerra fría, donde el líder cubano fijaba posiciones ante la inminente amenaza nuclear y nunca negoció los principios de la Revolución cubana ni ante el líder soviético.

Y ¿qué es lo que incitaba ese respeto, o mejor dicho, ese miedo a la Revolución cubana? Pues, al decir de Fidel en la *Segunda Declaración de La Habana*, “lo explica el miedo. No el miedo a la Revolución cubana; —sino— el miedo a la revolución latinoamericana (...) el miedo a que los pueblos saqueados del continente arrebaten las armas a sus opresoras y se declaren, como Cuba, pueblos libres de América”. Ya que el razonamiento lógico imperialista piensa que aplastando la Revolución cubana, creen disipar el miedo que los atormenta, “el fantasma de la revolución que los amenaza” (Castro, 1962).

Otro momento destacable de Fidel en relación con las ciencias sociales y los movimientos sociales fue aquella idea fundadora de la creación, junto al líder del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil, Luiz Inácio “Lula” da Silva, de los Foros de Sao Paulo, en la década del 90. Una idea surgida precisamente para contrarrestar la hegemonía yanqui; lugar de debate teórico y práctico, que tendría por centro los movimientos sociales y grupos de izquierda de Latinoamérica y del resto de países subdesarrollados y/o explotados, además de escenario fundamental para que los pensadores e investigadores del Sur contribuyeran a la formación y creación de las Ciencias Sociales, vistas desde otro ángulo.

En resumen, las ciencias sociales para Fidel no son mero estudio teórico donde convergen los distintos fenómenos sociales; es más que eso. Es un compromiso práctico con estos ideales científicos y, sobre todo, la forma de aportar dividendos reales a la sociedad. En el centro de su idea está la relación entre individuo y sociedad. De aquí parten todos sus postulados teóricos. Entonces, se pudiera caracterizar a Fidel como un cientista social *práctico*; o sea, mediante la ciencia y el conocimiento científico analiza la sociedad para poder transformarla.

Otro de los aspectos que sobresale en su cosmovisión científica de la sociedad es la idea de totalidad para explicar lo social de forma integral. Fidel no fragmenta las distintas articulaciones de lo social,

sino que más bien, las ve entrelazadas en un todo humano, donde convergen teorías que al final se multiplicaran en realidad.

¿Y cuál es su método a la hora de analizar las sociedades en dependencia con su historia y su organización social? Fidel utiliza el método marxista de lo abstracto a lo concreto para entender las sociedades y llegar a la comprensión materialista de la historia de la misma. Entiende los fenómenos sociales en constante movimiento; así pues, para él el mundo social es un proceso dialéctico.

Fidel fue siempre fiel cultor de las ciencias sociales y como tal propició al constructo social de los saberes, a sabiendas de que en una sociedad revolucionaria como la nuestra era necesario el constante análisis de los distintos fenómenos sociales. Al respecto, una vez le dijo al teólogo brasileño Frei Betto, “(...) en el análisis de cualquier problema social hay que acudir a la ciencia” (Betto, 1985, 301-302).

Sobre el marxismo.

Habría que puntualizar, antes de exponer esta sección, que Fidel es un marxista declarado y radical, incluso antes del triunfo de la revolución y sobre ello se debatirá a lo largo de su vida. Entonces, una vez conocida su línea ideológica, aquí no se tratará de demostrar su aprensión teórica al marxismo, sino de ilustrar mediante pasajes de su existencia los acercamientos a la teoría marxista, y sobre todo, sus inicios.

Fidel comienza a interesarse empíricamente por el marxismo en sus años juveniles como estudiante de la UH; especialmente, en el segundo año de la carrera, cuando *choca* con la literatura marxista.

Sus cartas en el período posmoncadista del presidio político, muestran la progresión inicial de sus lecturas; especialmente en la filosofía y en el estudio de los clásicos del marxismo. Por ejemplo, en noviembre enjuiciaba críticamente *Los miserables*, de Víctor Hugo, para exaltar el texto de Marx, que analiza el mismo proceso histórico, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

Víctor Hugo me entusiasmó lo indecible con *Los miserables*; sin embargo, a medida que va pasando el tiempo me voy cansando un poco de su romanticismo excesivo, su ampulosidad y de la carga, a veces tediosa y exagerada, de erudición. Sobre el mismo tema de Napoleón III, Carlos Marx escribió un trabajo formidable titulado *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Poniendo estas dos obras una al lado de la otra, es como puede apreciarse la enorme diferencia entre una concepción científica, realista de la historia y una interpretación puramente romántica. Donde Hugo no ve más que un aventurero con suerte, Marx ve el resultado inevitable de las contradicciones sociales y la pugna de intereses prevalecientes en aquel instante. Para uno la historia es el azar. Para otro un proceso regido por leyes (Mencía, 1980, 20).

Llevando al unísono la lectura de obras clásicas de literatura con el estudio de las más diversas cuestiones teóricas de la teoría marxista y su economía política, en carta del 18 de diciembre Fidel escribe: “(...) además estoy estudiando a fondo *El capital* de Carlos Marx —cinco tomos enormes de economía, investigado y expuesto con el mayor rigor científico” (Mencía, 1980, 21).

En carta del mes de marzo de 1954, dice: “La atención central, sin embargo, la estoy dirigiendo en otro sentido. Con la manga al codo he acometido el estudio de la historia universal y de las doctrinas políticas” (Mencía, 1980, 22). Mientras que poco después y sobre los “clásicos” del marxismo, refiere: Son las 11 de la noche. Desde las 6 de la tarde he estado leyendo una obra de Lenin, *El Estado y la Revolución*, después de terminar *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y *Las Guerras civiles en Francia*, ambos de Marx, muy relacionados entre sí los tres trabajos y de un incalculable valor (Mencía, 1980, 22).

Más adelante, sobre la historia de la filosofía y su intersección con el marxismo señala que: “Me han servido de mucho mis viajes por el campo de la filosofía. Después de haberme roto un buen poco la cabeza con Kant, el mismo Marx me parece más fácil que el padrenuestro. Tanto él como Lenin

poseían un terrible espíritu polémico y yo aquí me divierto, me rio y gozo leyéndolo. Eran implacables y temibles con el enemigo. Dos verdaderos prototipos de revolucionarios (Idem.).

De sus incursiones por el campo de la filosofía en estos meses quedan algunas perspicaces acotaciones, donde un poco hace malabares y juega a filosofar y se cuestiona incluso la relación existente entre la propia filosofía y la ciencia en general: “Me había dormido acabando de leer la *Estética trascendental del espacio y del tiempo*. Por supuesto que espacio y tiempo desaparecieron un buen rato de mi mente —dice con criolla ironía y agrega: Kant me hizo recordar a Einstein, su teoría de la relatividad del espacio y del tiempo y su fórmula famosa de la energía: $E=MC^2$ (masa por el cuadrado de la velocidad de la luz); la relación que pudiera haber entre los conceptos de uno y otro quizás en oposición; la convicción de aquél de haber encontrado criterios definitivos que salvaban a la filosofía del derrumbe vapuleada por las ciencias experimentales y los imponentes resultados de los descubrimientos de este. ¿Le habría ocurrido a Kant lo mismo que a Descartes cuya filosofía no pudo resistir la prueba de los hechos, porque contradecía las leyes probadas de Copérnico y Galileo? pero Kant no trata de explicar la naturaleza de las cosas sino los conocimientos mediante los cuales llegábamos a ella; si es posible conocer o no conocer y según ello cuándo son aquéllos acertados o erróneos; una filosofía del conocimiento, no de los objetos del conocimiento. Según esto no debe haber contradicción entre él y Einstein. Sin embargo, ahí están sus conceptos de espacio y tiempo, puntos básicos para elaborar su sistema filosófico (Mencía, 1980, 22).

Después se pregunta sobre la finitud de los conocimientos del hombre y sobre la cognoscibilidad del mundo, “¿Cabría la contradicción? Claro que no será difícil cerciorarse, pero mientras me hacía esta pregunta igual que otras muchas que continuamente nos asedian, pensaba en lo limitado de nuestros conocimientos y en la vastedad inmensa del campo que el hombre ha labrado con su inteligencia y su esfuerzo a través de los siglos. Y aun la misma relatividad de esos conocimientos entristece. ¡Cuántas

teorías, y doctrinas, y creencias, superadas ya, que antaño fueron como biblias de la ciencia! ¡Qué caro ha tenido que pagar la energía del hombre el progreso de la humanidad! (Mencía, 1980, 22-23).

En este período, Fidel ya tiene perfectamente asimilada y asumida como interpretación de las sociedades, la concepción materialista de la historia, y como método de análisis, la dialéctica, cuando en carta del 27 de enero de 1954 expresa sus criterios sobre la base para el surgimiento de las personalidades históricas. En ella establece la dependencia del ser social respecto al medio social y del pensamiento respecto al ámbito social, aunque, especialmente en el campo del arte, apunte la relativa independencia de la conciencia que le permite al genio artístico adelantarse a su época. Da pie a sus explicaciones una pregunta que se le formula en el sentido de si Romain Rolland hubiese sido igualmente grande de haber nacido en el siglo XVII, que Fidel responde de esta manera: “El pensamiento humano está indefectiblemente condicionado por las circunstancias de la época. Si se trata de un genio político, me atrevo a afirmar que depende exclusivamente de ella. Lenin en época de Catalina, cuando la aristocracia era la clase dominante, habría podido ser un esforzado defensor de la burguesía, que era entonces la clase revolucionaria, o pasar simplemente ignorado por la historia; Martí, de haber vivido cuando la toma de La Habana por los ingleses, hubiera defendido junto a su padre el pabellón de España; Napoleón, Mirabeau, Dantón y Robespierre, ¿qué habrían sido en los tiempos de Carlo Magno sino siervos humildes de la gleba o moradores ignorados de algún castillo feudal? El cruce del Rubicón por Julio César jamás habría tenido lugar en los primeros años de la República antes de que se agudizara la intensa pugna de clases que conmovió a Roma y se desarrollara el gran partido plebeyo cuya situación hizo necesario y posible su acceso al poder. Julio César fue un verdadero revolucionario, como lo fue también Catalina, al par que Cicerón, tan reverenciado por la historia, encarnaba el genuino aristócrata de Roma. Eso no fue óbice para que los revolucionarios franceses anatematizaran a César y endiosaran a Bruto que clavó en el corazón de aquél el puñal de la aristocracia, suficiente para comprender que la República en Roma era la Monarquía en Francia;

que la plebe luchó contra aquella al igual que luchaba la burguesía contra ésta; muy lejos estaban pues de sospechar que un nuevo César estaba a punto de surgir en las Galias y éste sí que copió de veras y con razón al emperador romano. Sobre este particular me había intrigado siempre la cuestión de saber de dónde les venía tanta influencia romana a los franceses revolucionarios, hasta que un día, leyendo la historia de la literatura francesa, me encontré con que Amyot, escritor francés del siglo XVI, había traducido del latín las *Vidas y obras morales* de Plutarco, cuyos recuerdos de los grandes hombres y las grandes escenas de Grecia y de Roma, dos siglos más tarde, sirvieron de referencia a los protagonistas de la gran revolución” (Mencía, 1980, 23-26).

Después distingue entre las grandes personalidades de la historia y los genios artísticos, literarios y filosóficos; además, de realizar un breve esbozo de la historia de las ideas, “Si se trata del genio literario, artístico o filosófico, no depende en igual grado. Rolland pudo haber nacido medio siglo antes y ser tan brillante en igual grado, y Víctor Hugo; y medio siglo atrás y emular el calibre de Voltaire, aunque exponentes de ideas muy distintas. Y todas las ideas, aun de hombres geniales, están condicionadas por la época. La filosofía de Aristóteles en Grecia es la culminación de la obra de los filósofos que le precedieron (Parménides, Sócrates, Platón) sin la cual no habría sido posible; del mismo modo que las doctrinas de Marx culminan en el campo social el esfuerzo de los socialistas utópicos y sintetizan en el campo filosófico el idealismo y el materialismo alemán, aunque Marx, además de filósofo, cae en la categoría del genio político y como tal su papel dependió por entero de la época y el escenario que vivió. El genio crea valores universales como los personajes de Cervantes y Shakespeare. Este, como Dostoievski, conocieron el psicoanálisis antes que Freud, no a través de la ciencia, sino penetrando con genial agudeza en las profundidades psicológicas del alma humana. A veces se adelantan de modo extraordinario a su propia época. El genio literario, filosófico o artístico tiene un campo considerablemente más amplio en el tiempo y en la historia que el mundo de la

realidad y de la acción que es el único escenario donde surgen los genios políticos” (Mencía, 1980, 23-26).

Es constante en este tiempo la lectura de temas históricos. Aunque abunda en sentido general en la historia universal, hace hincapié en el estudio de la historia de América; especialmente, lo referido a las guerras de independencia de Latinoamérica y la propia historia de Cuba.

Con el triunfo de la Revolución, Fidel lleva, al unísono, la tarea de ilustrar gradualmente a las masas populares en lo que respecta a la cultura política y la de acentuar las medidas políticas del propio proceso revolucionario con un creciente carácter marxista, hasta que en abril de 1961, a raíz de la invasión mercenaria yanqui a Playa Girón, declara el carácter socialista de la Revolución cubana, tomando como ideología declarada el marxismo.

Aunque cabe señalar que un año antes en la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba o “Primera Declaración de La Habana”, ya había dado atisbos de lo que se avecinaba. Si bien es cierto que en aquella concentración, en protesta contra la Declaración de San José, no menciona nunca las palabras “marxismo” o “socialismo”, ya en su oratoria estaba el germen del *fantasma del comunismo*, y su cuerpo teórico: el marxismo. Además, en su discurso fija abiertamente su alianza con la Unión Soviética y agradece su ayuda armamentística,⁸ e incluso declara el restablecimiento de relaciones diplomáticas con la República Popular China.

Sobre la vieja polémica en torno a la definición etimológica del vocablo marxismo, si se debía llamar solo “marxismo”, o por el contrario debía abarcar el apellido “leninismo”, es una cuestión netamente lingüística. Este autor cree que el uso del término “marxismo-leninismo” por Fidel no es problema estructural ni mucho menos semántico, más bien el líder cubano lo empleó para construir una nueva categoría revolucionaria. No es la mera prolongación lo que debería importar aquí, sino el mérito de

⁸ Futuro proyecto de instalación de cohetes soviéticos de medio y largo alcance en Cuba, que después desataría la “Crisis de los misiles” y la fuerte tensión entre EE.UU.-URSS-Cuba.

Lenin y sus aportes como el más digno y genuino heredero de Marx. Fidel vio en el estadista ruso, la llegada al poder revolucionario —dicho sea de paso, en un país subdesarrollado— de las ideas del creador y preceptor de la teoría; o sea, Lenin enriqueció, vitalizó, y si se quiere, *subdesarrolló*⁹ la interpretación del genio alemán. Rusia, y después la URSS, re-significaron la imagen de la Cuba socialista que le tocó a Fidel construir; entonces, él se vio asimismo en el espejo de Lenin. El marxismo-leninismo en Fidel, no es un *ismo* más, como ocurrió con el stalinismo y toda la pléyade de variantes que se sucedieron después, es una necesidad teórica y práctica para los pueblos del Tercer Mundo¹⁰.

Pero si se quisiera investigar algún aporte concreto de Fidel Castro a la teoría marxista, tendría que irremediablemente citarse el Informe a la VII Cumbre de los Países No Alineados, titulado *La crisis económica y social del mundo*, de 1983, elaborado por él. En este informe, editado en forma de libro para la cumbre celebrada en Nueva Delhi, Fidel hace un análisis demoledor de la realidad económica y social del mundo desde un enfoque marxista, sin precedentes en la historia (Castro, 1983). En este texto clave, Fidel se adentra críticamente en el estudio del imperialismo contemporáneo, en el estudio de las trasnacionales, en la globalización cultural... en fecha tan temprana como finales de la década de los 70 y principio de los 80 y caracteriza los monopolios trasnacionales como la célula básica del imperialismo contemporáneo, como el principal sujeto de la economía capitalista actual. Porque si Marx en el siglo XIX vio en el capitalismo su centro de combate y lo definió como el reto fundamental de aquella época; Fidel en el siglo XX, tuvo que enfrentarse al imperialismo desde la propia construcción del socialismo, y sobre ello, tuvo plena conciencia y lo describió entonces como el reto

⁹ Cuando se dice “subdesarrolló”, no es otra cosa que la idea propia de Lenin de hacer la revolución socialista en un país del Tercer Mundo; cuestión en la que Marx no estaba de acuerdo del todo.

¹⁰ Fidel mismo censuró fuertemente en la década de los 60 la tendencia que se generó en Cuba y América Latina sobre la definición de su propio pensamiento y praxis revolucionaria y, en concreto, la corriente ideológica que llevaba su nombre: el “castrismo” o “fidelismo”. Por ejemplo, véase los intentos teóricos en varios artículos del francés Régis Debray en la revista *Pensamiento Crítico*, y del intelectual cubano Roberto Fernández Retamar en su libro *Ensayo de otro mundo*.

fundamental de la contemporaneidad; o sea, ambos pensadores coinciden en el reconocimiento del problema fundamental en que se debatía la sociedad que les tocó vivir.

Por otra lado, en oratoria de 1999 en Caracas, se refirió a los grandes teóricos de la economía política del capitalismo que más impactaron, a su entender, en los estudios de esa formación social nacida con la modernidad, que una vez fue revolucionario; hoy es insostenible. Y comenzaba Fidel su exposición sobre el desarrollo histórico del capitalismo, con una pregunta: “¿Qué nos han dejado, ese capitalismo global, o esa globalización capitalista neoliberal? (...) el capitalismo aquel del que nació el que actualmente impera, progresista ayer, reaccionario e insostenible hoy, a través de un proceso que muchos historiadores deben saberlo; con una historia de 250 a 300 años, cuyo teórico fundamental publica su libro en 1776, el mismo año de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, Adam Smith, tan conocido por todos. (...) era un estudioso de aquel sistema económico que había nacido en Europa y estaba en pleno auge, que reflexionó, investigó y expuso los cimientos teóricos del capitalismo; el capitalismo de aquella época, porque el de ahora ni siquiera lo podía imaginar Adam Smith. En aquella época de diminutos talleres y pequeñas fábricas, él sostenía que la motivación fundamental en la actividad económica era el interés individual y que su búsqueda privada y competitiva constituía la fuente máxima del bien público. No había que apelar al humanitarismo del hombre, sino a su amor a sí mismo. La propiedad y la dirección personal era la única forma compatible con aquel mundo de pequeñas industrias que Adam Smith conoció. No pudo siquiera ver las grandes fábricas y las impresionantes masas de trabajadores que surgieron después a fines del propio siglo XVIII. Mucho menos imaginar las gigantescas corporaciones y empresas transnacionales modernas con millones de acciones, donde los que administran son ejecutivos profesionales que nada tienen que ver con la propiedad de las mismas, limitándose de vez en cuando a rendir cuenta a los accionistas. (...) Estas formas de propiedad, dirección y disfrute de las riquezas nada tienen que ver con el mundo que él conoció (Castro, 1999, 24-26, 28).

Después prosigue su exposición de la historia económica del capitalismo, y plantea su criterio sobre el *más grande pensador* de la humanidad, “pero el sistema continuó desarrollándose y tomó considerable impulso con la Revolución Industrial inglesa, nació la clase obrera y surgió quien, a mi juicio, fue el más grande pensador —con respeto de cualquier criterio— en el terreno económico y también político, Carlos Marx. Nadie, incluso, llegó a conocer más sobre las leyes y los principios del sistema capitalista que Marx. Angustiados por la crisis actual, no son pocos los miembros de la elite capitalista que leen a Marx, buscando diagnósticos y posibles remedios a sus males de hoy. Con él había surgido la concepción socialista como antítesis del capitalismo. La lucha entre estas ideas que simbolizaron ambos pensadores ha perdurado durante mucho tiempo y todavía perdura. El capitalismo original continuó desarrollándose bajo los principios de su teórico más ilustre, hasta llegar a la Primera Guerra Mundial (Castro, 1999, 24-26, 28).

A su vez, es categórico cuando opina sobre las dos principales corrientes económicas del capitalismo en la siglo XX —devenido en imperialismo con la Primera Guerra Mundial y el reparto del mundo por la potencias—, expresadas en sus dos máximas figuras que dan forma a las dos corrientes teóricas económicas contemporáneas: el liberalismo clásico de Adam Smith y el keynesianismo nacionalista de John Maynard. “Ya antes de la Primera Guerra Mundial había un cierto nivel de globalización, existía el patrón oro en el sistema monetario internacional. Vino después la gran crisis de 1929 y la gran recesión que duró más de 10 años. Surge entonces con gran fuerza otro pensador, de los cuatro pilares del pensamiento económico con su enorme trascendencia política en los últimos tres siglos, con el sello indeleble de cada uno de ellos, John Maynard Keynes, de ideas avanzadas en aquella época, y elabora las fórmulas que sacan a Estados Unidos de la gran depresión. No solo él, desde luego; había un grupo de académicos bastante coincidentes e influidos por él. (...) Pero ya comenzaron a surgir grupos bien preparados, con mucha información estadística, que hacían estudios profundos, y durante el gobierno de Roosevelt, en un país agotado y angustiado por una interminable

recesión, muchos de ellos fueron destacados miembros del gabinete o de otras instituciones, y las teorías de Keynes ayudaron a sacar al capitalismo de la peor crisis que había conocido. Hubo una suspensión temporal del patrón oro que luego fue restablecido de nuevo por Roosevelt (...) en 1934. Sé que se mantuvo hasta 1971; 37 años ininterrumpidos creo que duró, hasta que vino el señor Nixon y el gran imperio nos estafó a todos” (Castro, 1999, 24-26, 28).

Por último, señala al nuevo paladín del liberalismo mundial en lo que respecta a la economía; lo que en esta ocasión la teoría económica tendría por nombre neoliberalismo, y se utilizaría como punta de lanza contra los pueblos latinoamericanos, creando varias dictaduras militares en la región: “La cuarta personalidad que ha dejado una huella inconfundible en la última etapa del desarrollo del pensamiento económico capitalista es Milton Friedman, padre del monetarismo estricto que hoy aplican muchos países del mundo y que de modo especial el Fondo Monetario Internacional defiende, último recurso contra el fenómeno de la inflación que resurgió con extraordinaria fuerza después de Keynes” (Castro, 1999, 24-26, 28).

Fidel entendía el marxismo no como un catecismo ni como un formulario de recetas a hacer en cada situación; todo lo contrario, para él, “el marxismo es un conjunto de principios, de normas, que nos enseñan a interpretar y a analizar acertadamente los acontecimientos”. (Castro, 1986, 97)

Argumentando lo anterior, es categórico cuando expresaba que “la teoría de Marx nunca fue un esquema: fue una concepción, fue un método, fue una interpretación, fue una ciencia. Y la ciencia se aplica a cada caso concreto. Y no hay dos casos concretos exactamente iguales” (Castro, 1970).

Sobre sus aportes a un marxismo de corte latinoamericano, sentenciaba Martínez Heredia en Mesa Redonda: “El aporte mayor de Fidel a América Latina es la Revolución cubana, un complejo de hechos, ideas, experiencias prácticas, demostraciones, y el ejemplo. (...) Encontró y puso en práctica la estrategia acertada para la lucha revolucionaria: las armas, las masas, la conquista del poder. Con

la Revolución cubana y con sus ideas, Fidel puso al fin al ideal comunista europeo en un terreno real en América Latina, y puso al marxismo en español” (Martínez Heredia, 2011).

En general, hay que decir que Fidel Castro es la figura en la cual se produce la síntesis más completa de las tradiciones del marxismo y del socialismo internacional con las tradiciones del pensamiento revolucionario cubano más avanzado, y sobre todo con el ideario martiano. Donde se crea la articulación genuina y autóctona de un elevado pensamiento con apellidos de marxismo cubano y latinoamericano, sin paralelo en la historia. Como dijo el intelectual Fernando Martínez Heredia, Fidel puso al marxismo en español. Hay un antes y un después de esto en la teoría revolucionaria. Y esto debería ser un ABC para todo revolucionario cubano y del mundo. Al respecto, en entrevista al teólogo brasileño Frei Betto define su mayor aporte a la revolución desde la visión ideológica del marxismo y el ideario martiano, cuando dice: “Creo que mi contribución a la Revolución Cubana consiste en haber realizado una síntesis de las ideas de Martí y del marxismo-leninismo, y haberla aplicado consecuentemente en nuestra lucha” (Betto, 1985, 163-164).

Sobre los intelectuales.

Definir lo *qué* es un intelectual y su *deber ser* ante la sociedad fue siempre un empeño en el que nunca cesó Fidel. Su criterio sobre los intelectuales y cómo entendía la actitud de estos en un proceso revolucionario son cuestiones fundamentales en su accionar. Aunque, primero, se debía interrogar sobre el papel de Fidel como intelectual. ¿Era concebido como un intelectual? ¿su producción cultural lo enmarca dentro de “lo intelectual”? Sobre el Fidel intelectual existen diferencias de criterios; no en el sentido de dudar sobre su capacidad o sobre la propia condición de intelectual intrínseca en él, ni la relatividad expresa en su hacer con respecto a dicha profesión, sino en sus formas de expresión. Es sabido que no se dedicó sistemáticamente a la producción intelectual en sí; pero, si se repasa su vida se encuentra una profunda producción discursiva como elemento determinante, pues su ejecutoria revitalizó el arte de la oratoria varios siglos después de su decadencia. Se podría analizar

esto desde el prisma político, pero a la vez esta actividad conlleva *per se* un predominio de “el trabajar con el intelecto”, y si, además, se toman los postulados gramscianos de lo que es intelectual *orgánico*, como ese compromiso social con la clase dominante —que en este caso es la revolucionaria—, estaríamos ante uno de los intelectuales más importantes y consecuentes de los últimos sesenta años en Cuba. Esto lo reafirma su prematura formación como intelectual, sus más de mil discursos y su posición frente a los mismos intelectuales a lo hora de polemizar y discutir cuestiones literarias y artísticas. Sobre sus inicios como intelectual plantea la investigadora Ana Cairo, “su estancia en el Colegio de Belén, propiedad de la Compañía de Jesús en La Habana, parece haber sido la más trascendente en el proceso de formación como un intelectual” (Cairo, 2006, 22).

Su primer gran aldabonazo como intelectual fue el discurso de auto-defensa conocido como *La historia me absolverá*, que le significó el primer reconocimiento dentro de la intelectualidad cubana. El intelectual no solo piensa en el sentido abstracto que trabaja con su intelecto, sino que debe tomar parte en el asunto, en la realidad concreta; Fidel al mismo tiempo que iba dando discursos en la emigración para recolectar dinero para la causa de la revolución, iba también proponiendo objetivos a corto a plazo a sus oyentes y al pueblo de Cuba. Baste solo mencionar aquella promesa en medio de la incertidumbre del exilio, *en 1956 seremos libres o seremos mártires*.

Con el triunfo de la Revolución y las vorágines que trajo consigo el cambio, se despertaron una serie de inquietudes entre los intelectuales. Muchos de estos, personas mayores, arrastraban una visión burguesa sobre el arte de la república.

La dicotomía funcional¹¹ existente entorno al papel que juegan los intelectuales en la Revolución cubana no es un problema ideológico —como se quiere hacer ver—, sino más bien político; o sea, la

¹¹ Estas dos posiciones opuestas en el papel que juegan los intelectuales quedan expuesta de la siguiente forma: **intelectuales dentro de la Revolución e intelectuales fuera de la Revolución. Planteamiento en consecuencia con la frase fidelista de las históricas *Palabras a los intelectuales*, donde decía: “Dentro de la Revolución, todo; fuera de la Revolución, nada”.**

interpretación de estos y su posicionamiento respecto a los intereses de Cuba o del imperialismo estadounidense. Para un análisis crítico y objetivo del problema en cuestión, vale tomar distancias de posiciones pre-establecidas y considerar el papel de los intelectuales. Sobre todo si se precisa qué se entiende por “intelectuales”: si el escritor, artista o pensador, es un ente pasivo y aislado, que solo utiliza sus capacidades mentales para el enriquecimiento propio y no se interesa por el ámbito social al cual pertenece; o si es un ente activo y participativo, que utiliza sus energías creativas para el bien común de la comunidad y para el enriquecimiento de la sociedad en que vive, y sobre todo si es capaz de despojarse de intereses personales para compartir su arte, su escritura o su pensamiento con el pueblo.

En ese sentido, Fidel Castro tomó una posición política y definió lo que era un intelectual para un país y cuáles eran sus funciones sociales, con la especificidad además, de qué era un intelectual en un proceso revolucionario. De este modo, y con total naturalidad, nacen sus *Palabras a los intelectuales*, en pleno 1961, año de la Campaña Nacional de Alfabetización, y en medio de una coyuntura, tanto nacional como internacional, que estuvo marcada por la invasión imperialista a Playa Girón. Entonces, ¿sería muy difícil entender a Fidel en aquel momento tan crucial de la historia de Cuba cuando les demandaba a los intelectuales cubanos que se alinearan con la política cultural de la Isla y no con la cultura tradicional de antaño cuya esencia arrastraba medio siglo de elitismo cultural y de visiones burguesas donde el intelectual era representado como un “ilustrado”, justo cuando ocurrían otros fenómenos políticos y económicos de mayor dimensión nacional y en los cuales se determinaba la continuidad del imberbe proceso revolucionario?

Como precedente a *Palabras*, Fidel tuvo varios encuentros con importantes intelectuales del ámbito internacional como Jean Paul Sartre y Charles Wright Mills, donde se intercambiaron aspectos que después Fidel plantearía en su significativo discurso. Esta discusión con los intelectuales cubanos de entonces es, tal vez, la síntesis del Fidel intelectual y su visión sobre estos. No se trata de una obra

maestra literaria en cuanto lo estético o lo poético, sino en lo referente a la lógica discursiva. Fidel en ningún momento utiliza expresiones como “problemas ideológicos” (que los había) o “servir al enemigo”, pues su genial visión del asunto concibió aquel espacio como la oportunidad de unir a todos aquellos intelectuales en el proceso revolucionario. Y como intelectual orgánico, apostó en sus *Palabras* por especificar todo lo concerniente a la libertad de expresión, que era el centro fundamental del debate; así, delimitó “libertad formal” de “libertad de contenido”, sintetizado en la frase más citada del discurso: “dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada” (Castro, 2007). A sabiendas de que un intelectual no se convierte en “crítico” por el mero hecho de ponerse esa etiqueta, sino en virtud de su *contenido* estético.

El problema de los intelectuales como clase y la cultura como fundamento esencial de la ideología, fue alertado por Carlos Marx en más de una ocasión. Sobre esto decía el pensador alemán, “En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su *modo de vivir*, sus *intereses* y su *cultura* de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil aquéllas forman una clase” (Marx, 1974, 126).

En este aspecto, Fidel siempre tuvo mucho cuidado en la dirección del país, ya no solamente a la hora de tratar con los intelectuales sino en respetar la cultura de la nación cubana como un todo. Siempre abogó porque la elite cultural de la nación no deviniera en una clase social superior y distinta de las personas que producían físicamente para el país. Nótese, por ejemplo, que en pleno período especial cuando las carencias materiales arreciaban y estas condiciones objetivas proponían como única fórmula las diferencias clasistas, Fidel se las ingenió para que se cubrieran, por igual y dentro de lo cabía, las necesidades básicas de la población respecto al consumo y no se fragmentara la sociedad, y a la vez intensificó el trabajo productivo en la cultura. Popularizó, aun más, la propuesta artístico-literaria para el pueblo cubano, haciendo un llamado a los intelectuales cubanos donde exigía que *lo primero que había que salvar era la cultura*.

Por otro lado, existe aquella vieja polémica teórico-intelectual entre Fidel Castro y James Petras, donde tanto uno como el otro defendían distintas posiciones sobre las formas de la lucha revolucionaria y la construcción del socialismo. Este debate se centra en la década de los 2000, a partir de los esfuerzos realizados por el Comandante en Jefe, y la Revolución cubana, de alcanzar una “paz consensuada” en el antaño conflicto militar colombiano entre el Gobierno y los paramilitares, por un lado, y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) y el Ejército de Liberación Nacional, por el otro.

Petras proponía seguir la lucha armada como única vía de alcanzar el poder revolucionario por parte de los guerrilleros, mientras Fidel abogaba por acuerdos de paz entre ambas partes debido en gran medida al desgaste civil acontecido por más de cincuenta años de beligerancia en suelo colombiano, y los errores estratégicos cometidos por los líderes guerrilleros en la contienda (Castro, 2008). Si se quiere el problema en cuestión no es teórico, ni guarda relación siquiera con las formas propuestas por el marxismo de lograr la revolución, pues quien duda que ambos polemistas no querían el bien para Colombia y las fuerzas de izquierdas y radicales latinoamericanas; el problema es práctico y humano.

En el lenguaje de Fidel nunca estuvo la palabra “derrota” o el rendirse en la lucha armada ni mucho menos entregar las armas, solo que las condiciones actuales están determinando otras vías hacia la forma de alcanzar el poder revolucionario, y eso en ningún momento desestima las otras alternativas políticas y revolucionarias para su logro. Además, la realidad de los últimos veinte años dio la razón al estadista con la victoria electoral de varios gobiernos revolucionarios o de izquierda en América Latina. Esto no quiere decir, que haya que renunciar a la lucha armada. ¡No!; simplemente que los revolucionarios tienen que estar abiertos a cualquier forma de lucha, y desestimar cualquiera otra vía, por muy pacífica que fuera, para alcanzar la victoria no sería nunca una solución al problema.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

1. Betto, F. (1985). Fidel y la religión. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
2. Cairo, A. (2006). Viaje a los frutos (Selección). La Habana: Ediciones Bachiller.
3. Castro, F. (1970). Discurso en el centenario de Lenin, 22 de abril. Disponible en: <http://www.fidelcastro.cu/es/discursos>
4. Castro, F. (1986). Ideología, conciencia y trabajo político 1959-1986. La Habana: Editora Política.
5. Castro, F. (1983). La crisis económica y social del mundo. Informe a la VII Cumbre de los Países No Alineados. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
6. Castro, F. (2008). La paz en Colombia. La Habana: Editora Política.
7. Castro, F. (2007). Palabras a los intelectuales. La Habana: Ediciones Abril.
8. Castro, F. (2005). Podemos construir la sociedad más justa del mundo. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
9. Castro, F. (1962). Segunda Asamblea Nacional General del Pueblo de Cuba. Disponible en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1962/esp/f040262e.html>. Consultado en marzo de 2019.
10. Castro, F. (1999). Una revolución solo puede ser hija de la cultura y de las ideas. La Habana: Editora Política.
11. Guevara, E. (2003). El gran debate. Sobre la economía en Cuba. La Habana: Ocean Press.
12. Kohan, N. (2006). “Pensamiento crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la revolución cubana”. En Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano, CLACSO, Bueno Aires, pp. 389-437.
13. Martínez Heredia, F. (2011). “Fidel puso al marxismo en español” Cubadebate, 13 de agosto de 2011. Disponible en: <http://www.cubadebate.cu>

14. Martínez Heredia, F. (2008). “Pensamiento social y política de la Revolución” La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión. La Habana: Centro Teórico Cultural Criterios.
15. Marx, C. (1974). El dieciocho brumario de Luis Bonaparte. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
16. Mencía, M. (1980). La prisión fecunda. La Habana: Editora Política.
17. Wright Mills, Charles (s/f) La imaginación sociológica. La Habana: Edición Revolucionaria, Instituto del Libro.

DATOS DEL AUTOR.

1. **Hayled Martín Reyes Martín.** Licenciado en Estudios Socioculturales por la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas (UCLV). Profesor de Filosofía en la Facultad de Ciencias Sociales (UCLV). Integra la Cátedra de Pensamiento Fidel Castro Ruz en la provincia de Villa Clara, Cuba.
Correo electrónico: alejandromohr85@gmail.com

RECIBIDO: 6 de agosto del 2019.

APROBADO: 19 de agosto del 2019.